

mo nuestras relaciones con los demás. El lenguaje media entre nosotros mismos y los 2 componentes de nuestro entorno: el entorno natural y el entorno social, y lo hace de tal manera que cada cual se convierte en metáfora del otro. Cada grupo social desarrolla su propio criterio particular del mundo y de la sociedad, y la existencia de esos modelos distintos y competitivos, que andan a empellones entre sí en las ciudades sobrepobladas, se siente muy fácilmente como una amenaza al orden social.

De ese modo, resulta que grandes cantidades de niños de la ciudad aprenden a hablar —es decir, como lo interpretaría yo, aprenden a significar— de forma que resulta incompatible con las normas sociales establecidas; lo cual no importaría, si no fuera por el hecho de que dichas normas se incluyen entre los principios y las prácticas de la educación: el resultado es un grave problema de fracaso educativo, o de resistencia a la educación. El problema del fracaso educativo no es un problema lingüístico, si por lingüístico queremos decir un problema de dialectos urbanos diferentes, aunque se vea complicado por factores dialectales, especialmente por actitudes ante los dialectos, sino que en el fondo es un problema semiótico, vinculado a las distintas maneras en que hemos construido nuestra realidad social y a los estilos de significación que hemos aprendido a asociar con los diversos aspectos de ésta. Mis significados, los recursos semánticos que empleo en un contexto social determinado, quizás no sean los mismo que los suyos, o que sus expectativas acerca de lo que los míos debieran ser, lo cual puede dar lugar a una pasmosa falta de comunicación entre nosotros.

Una ciudad no es una comunidad lingüística, en el sentido clásico; obviamente no todos sus habitantes se hablan los unos a los otros, no todos ellos hablan de manera semejante y, más aún, no todos significan de manera parecida; pero una ciudad es un entorno en el que se intercambian significados. Durante ese proceso, surgen conflictos, conflictos simbólicos que no son menos reales que los conflictos por intereses económicos, y son esos conflictos los que contienen el mecanismo del cambio. Para los lingüistas resulta fascinante descubrir que ellos contienen algunos de los mecanismos del cambio *lingüístico*, de manera que al estudiar esos procesos obtenemos nuevos conocimientos de la historia de la lengua; pero ellos también son fuente de nuevos conocimientos sobre la naturaleza del cambio cultural, de cambios de la realidad que cada uno de nosotros construye para sí en el transcurso de la interacción con los demás. La imagen del universo del habitante de la ciudad no es, en el caso típico, una imagen de orden y constancia, pero al menos posee —podría poseer, si se le permitiera— una cualidad compensatoria de cierta importancia: el hecho de que muchos grupos de personas distintos hayan contribuido a su formación.

IX. ANTILENGUAJES

DE LOS diversos tipos de palabras “anti”, como antibiótico, anticuerpo, antinovela, antimateria y así sucesivamente, el tipo que se debe entender aquí es el de antisociedad. Una antisociedad es una sociedad que se establece dentro de otra como alternativa consciente a ella, es un modo de resistencia, que puede adoptar la forma de simbiosis pasiva o de hostilidad activa, e incluso de destrucción.

Un antilenguaje no sólo es algo paralelo a una antisociedad; a decir verdad, es algo generado por ella. No sabemos gran cosa acerca del proceso ni acerca de sus resultados, porque la mayoría de las evidencias que tenemos se sitúan en el nivel de las anécdotas de viajeros; pero es razonable suponer que, en los términos más generales, un antilenguaje se encuentra ante una antisociedad en una relación muy parecida a la de un lenguaje ante una sociedad. Cualquiera de los 2 pares, una sociedad y su lenguaje o una antisociedad y su (anti)lenguaje, es, igualmente, un caso de orden sociolingüístico prevaleciente. En otros aspectos de la condición humana, generalmente se ha encontrado que hay mucho que aprender de las manifestaciones patológicas, que rara vez se apartan tan claramente de lo “normal” como parecen en un principio. Del mismo modo, un estudio de patología sociolingüística puede dar lugar a un conocimiento adicional de la semiótica social.

En la Inglaterra isabelina, la contracultura de los vagabundos o “rengados”, según la elegantemente irónica designación de Thomas Harman (1567), una nutrida población de criminales que vivía fuera del bienestar de la sociedad establecida, tenía su propia lengua o “habla vil”; en relaciones contemporáneas con frecuencia se hace alusión a ella, aunque rara vez se le describa o se le ejemplifique siquiera con cierta precisión. La antisociedad de la moderna Calcuta posee un lenguaje propio sumamente desarrollado que Bhaktiprasad Mallik documenta abundantemente en su libro *Language of the underworld of West Bengal* (1972). La “segunda vida”, término utilizado por Adam Podgórecki (1973) para describir la subcultura de las prisiones y los reformatorios polacos, va acompañada de un antilenguaje elaborado llamado “grypserka”. Tomaremos los 3 anteriores como casos para nuestra exposición.

¿Qué se puede decir acerca de las características de los antilenguajes? Como en cuanto a los primeros documentos sobre lenguajes de culturas exóticas, la información por lo general nos llega en forma de lista de palabras; éstas proporcionan apenas posibilidades de interpretación limitadas, aunque quizás resulten ligeramente más

reveladoras que en otros contextos a causa de la relación especial que se obtiene entre un antilenguaje y el lenguaje al que se contrapone.

La forma más simple adoptada por un antilenguaje es la del cambio de palabras viejas por nuevas; es un lenguaje relexicalizado. No debe suponerse que siempre surge mediante un proceso de fisión, de separación de un lenguaje establecido; pero esa es una posibilidad y resulta más fácil hablar de ella en esos términos. Típicamente, esa relexicalización es parcial, no total: no todas las palabras del lenguaje tienen su equivalente en el antilenguaje. (Como caso interesante de relexicalización total, compárese con la lengua materna política dyirbal, que describe Dixon [1970], fenómeno quizás afín, puesto que esa es la lengua utilizada por el varón adulto para su allegada política que constituye una especie de antisociedad institucionalizada dentro de la sociedad.) El principio es el de misma gramática, distinto vocabulario, pero éste sólo en ciertas áreas, típicamente las que resultan esenciales para las actividades de la subcultura y que la separan de manera más radical de la sociedad establecida. De manera que esperamos encontrar nuevas palabras para tipos de acto delictivo y para clases de delincuentes y de víctimas; para herramientas del oficio; para la policía y otros representantes de la estructura de aplicación de la ley en la sociedad; para penas, instituciones penitenciarias y cosas por el estilo.

Los cronistas isabelinos del habla vil dan listas de más de 20 términos para las clases principales de miembros de la fraternidad de los vagabundos, como *upright man* [hombre honrado], *rogue* [bribón], *wild rogue* [gran bribón], *prigger of prancers* [ladrón de caballos], *counterfeit crank* [falsificador], *jarkman* [falsificador de licencias], *bawdy basket* [vendedor de literatura pornográfica], *walking mort* [vagabunda], *kinchin mort* [chiquilla], *doxy* [ramera] y *dell* [muchacha]; numerosos términos para papeles específicos en sus villanías con frecuencia sumamente complejas, y nombres para las propias estrategias, a las que colectivamente se conoce como *laws*: por ejemplo, *lifting law* [robo de paquetes] en que participan un *lift*, un *marker* y un *santer* (el que roba el paquete, la persona a la que se le entrega y la que espera afuera para llevárselo); nombres para las herramientas, por ejemplo, *wresters* [ganzúas] y para el botín, por ejemplo, *snappings* o *garbage*; así como nombres para las diversas penas que se pueden purgar, como *clying the jerk* [ser azotado] o *trining on the chats* [ser ahorcado].

Las características anteriores pertenecen a esa imagen de sentido común que nos hacemos de una jerga o *cant* (para darle su nombre isabelino). En sí, no constituyen sino las características técnicas y semitécnicas de un registro especial; equivalen a un antilenguaje sólo si admitimos en esa categoría algo que es simplemente la jerga profesional asociada a las actividades de una contracultura delictiva.

Sin embargo, es de notar que incluso esos elementos puramente técnicos parecen rebasar un tanto la vida. El lenguaje no sólo está relexicalizado en esas áreas; está *sobrelexicalizado*. Así, en la explicación que da Mallik del lenguaje del hampa de Calcuta, encontramos para “bomba” no sólo una sino 21 palabras; 41 para “policía” y así sucesivamente (1972, 22-3). Algunas de ellas también son expresiones técnicas para subcategorías específicas, pero la mayoría no lo son: de acuerdo con las normas ordinarias son sinónimos y los estudiosos de las jergas podrían explicarlas como resultado de una búsqueda interminable de originalidad, ya en nombre de la agilidad y del humorismo, ya, en ciertos casos, en aras del secreto.

Pero hay más que eso. Si consideramos los lenguajes del bajo mundo en términos de una comparación con los lenguajes del alto mundo, encontramos en ellos una orientación funcional característica, que se aleja del modo experiencial de significación y se acerca al modo interpersonal y al modo textual. Tanto la orientación textual (el “movimiento” hacia el mensaje, según términos de Jakobson) como la interpersonal (el “movimiento” hacia el locutor/interlocutor, aunque, como hemos de sugerir, éste más bien debe interpretarse como un movimiento hacia la estructura social) tienden a producir esa lexicalización excesiva: la primera porque adopta la forma de competencia y alarde verbales, en que se buscan afanosamente substituciones de todo tipo; la segunda porque las series de palabras que denotativamente son sinónimas se distinguen con claridad por sus componentes de actitud. Los 24 sinónimos que Mallik da de “muchacha” incluyen toda la gama de connotaciones predecibles, dado que, como él señala, “el lenguaje del mundo de la delincuencia [con ciertas excepciones] es esencialmente un lenguaje de varones” (27).

Ambas orientaciones son características normales del lenguaje cotidiano, en que el significado textual y el significado interpersonal se entrelazan con los significados experienciales en la trama única del discurso. Lo que caracteriza a lo que llamamos antilenguajes es su orientación *relativamente* mayor en ese sentido. En todos los lenguajes, las palabras, los sonidos y las estructuras tienden a cargarse de valor social; es de esperar que, en el antilenguaje, los valores sociales se verán resaltados de manera más evidente; ese es un ejemplo de lo que Bernstein llama “orientación codificadora sociolingüística”, la tendencia a asociar ciertos modos de significación a ciertos contextos sociales. Toda interpretación del fenómeno de los antilenguajes implica alguna teoría acerca de los tipos de significados que se intercambian en distintos ambientes en el seno de una cultura.

Abordemos y respondamos de manera más específica la cuestión de por qué se utilizan los antilenguajes. A decir verdad, Mallik hizo esa

pregunta a "un gran número de delinquentes y de elementos antisociales": a 400 en total; obtuvo 385 respuestas (entre ellas sólo 26 "no sé"), de las cuales 158 lo explicaron como necesidad de secreto y 132 como fuerza comunicativa o arte verbal. Ambos motivos figuran de manera prominente en la descripción que Podgórecki hace de la "segunda vida": uno de los modos en que un recluso puede ser degradado al nivel de "lambiscón" en la jerarquía social es quebrantar las reglas de las competencias verbales y otro es "revelar el lenguaje secreto a la policía" (1973, 9); pero el hecho de que un antilenguaje sea *utilizado para* una comunicación esotérica y como arte verbal no significa que éstas sean las que primeramente le dieron origen. Habría la posibilidad de crear un lenguaje sólo con propósitos de competencia y de alarde; pero eso no parece suficiente para explicar el origen de todo el fenómeno. El tema del secreto es frecuente en lo que podríamos llamar "antilingüística popular", en las explicaciones de propios y ajenos sobre el uso de un antilenguaje. Sin duda allí radica una parte de la verdad: un trabajo de equipo efectivo depende, en ocasiones, del intercambio de significados que sean inaccesibles para la víctima, y la comunicación entre presos debe tener lugar sin la participación del carcelero. Pero si el secreto es una propiedad estratégica necesaria de los antilenguajes, no es posible que sea la causa principal de su existencia; el secreto es un rasgo de la jerga y no una determinante del lenguaje.

Entonces, ¿qué hay detrás del surgimiento del antilenguaje? Otro modo de ser "degradado a lambiscón" es "negarse maliciosamente a aprender el *grypserka*"; y, por el planteamiento de Podgórecki, queda claro que existe una unión inseparable entre la "segunda vida" y el lenguaje que se asocia a ella. El "*grypserka*" no es ningún extra optativo, que sirva para adornar la segunda vida con competencias y alardes, al tiempo que permite ocultarla adecuadamente de las autoridades penitenciarias; es un elemento fundamental en la existencia del fenómeno de la "segunda vida".

A continuación presentamos la recapitulación inicial de Podgórecki:

La esencia de la segunda vida consiste en una estratificación secular que puede reducirse a la división de los reclusos en "personas" y en "lambiscónes". . . . Las personas son independientes y tienen poder sobre los lambiscónes. La segunda vida cotidiana está fuertemente ritualizada; el cuerpo de esos rituales se llama *grypserka* (de *grypa*, palabra de jerga que designa a una carta enviada subrepticamente de una prisión a otra); S. Malkowski lo definió como "el lenguaje de los reclusos y su gramática". En ese lenguaje, ciertas. . . palabras. . . son insultantes y mefíticas tanto para el hablante como para aquel a quien van dirigidas (7).

El lenguaje llama la atención del investigador en el contexto de los conocidos temas gemelos del insulto ritual y el secreto; pero el planteamiento de Podgórecki sobre la "segunda vida" demuestra que es mucho más que una manera de pasar el tiempo, es la representación de una estructura social distinta, y esa estructura es a su vez representación de una realidad social alternativa.

Mediante un examen más detenido, los investigadores polacos encontraron que la división entre personas y lambiscónes era sólo la división principal de una jerarquía social más compleja. Había 2 clases de "personas" y 3 de "lambiscónes", con cierto grado de movilidad entre ellas, aunque cualquiera que hubiese alcanzado alguna vez la categoría más alta o la categoría más baja permanecía en ella. Había algunas otras variables, basadas en la edad, la procedencia (urbana/rural), el tipo de delito y la posición en la cárcel (primer ingreso/reincidente), y el lugar de un individuo en la estructura social era función de su posición en cada una de aquellas jerarquías. También se tomaba en cuenta su posición en el bajo mundo libre, que junto con otros factores, sugería que la "segunda vida" no era un producto de la prisión ni de las condiciones penitenciarias, sino que era importada de la subcultura delictiva del exterior. Sin embargo,

. . . los encarcelados crean en su propio sistema social una estratificación única basada en el principio de las castas. La pertenencia a una casta, en el caso de la "segunda vida", no se basa en antecedentes sociales ni en rasgos físicos determinados, sino que está determinada predominantemente por un nexo único con reglas mágicas que no son funcionales para el sistema social en que operan. La única función que llenan aquellas reglas es la de sostener el sistema de castas (14).

Algunos datos comparativos de fuentes norteamericanas citados por Podgórecki demuestran la existencia de una forma similar de organización social en instituciones correccionales de los Estados Unidos, que difieren principalmente en que cada una de las 2 antisociedades aparecen como reflejo deformado de la estructura de la sociedad particular de la cual deriva.

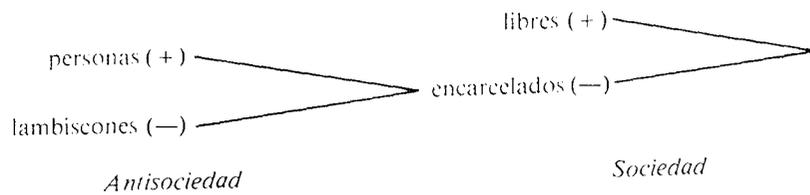
Podgórecki cita explicaciones de la "segunda vida" como resultado de condiciones de aislamiento, o de la necesidad de regular el comportamiento sexual, pero las descarta por inadecuadas; en su lugar, él sugiere que aquélla surge de la necesidad de mantener una solidaridad interna ante la presión, y que eso se logra mediante la acumulación de castigos y recompensas:

La segunda vida es un sistema que transforma la reciprocidad universal de los castigos en un patrón de castigos y recompensas, conformado por los

principios de la estratificación. Algunos miembros de la comunidad están en posibilidad de transformar los castigos en recompensas.

Podría decirse que ese tipo de estratificación social artificial posee rasgos de representación colectiva que transforma la estructura de las necesidades existentes en una fábrica de vida social en operación que trata de satisfacer esas necesidades de una manera que sea viable en las condiciones existentes (20).

La fórmula es entonces:



que constituye la proporción lévi-straussiana de $b_1 : b_2 :: a : b$ (véase Bourdieu, 1971). En el nivel individual, la segunda vida proporciona los medios de mantener la identidad ante la amenaza de su destrucción:

En un mundo en que no hay cosas reales, un ser humano se ve reducido a la condición de cosa. . . El establecimiento de un mundo opuesto (en que la reducción de los demás a cosas es una fuente de gratificación al transformar una situación punitiva en una situación compensadora) también puede interpretarse como un intento desesperado por rescatar y reintegrar el yo ante la presión acumulativa que amenaza con desintegrarlo. Así, la “segunda vida”. . . se puede interpretar como una defensa y como un medio de reconstrucción, al que el yo recurre precisamente antes del desquiciamiento total por parte de las fuerzas opresivas mutuamente realzadas (Podgórecki, 1973, 24).

La segunda vida es una reconstrucción del individuo y de la sociedad. Proporciona una estructura social alternativa, con sus sistemas de valores, de sanciones, de recompensas y de castigos; y eso da origen a una identidad alternativa de sus miembros, mediante los patrones de aceptación y de gratificación; es decir, la segunda vida es una realidad alternativa.

Es a esa luz a la que podemos apreciar mejor la función del lenguaje de la segunda vida, el grypserka; el grypserka sirve para crear y mantener esa realidad alternativa. A ese respecto, un antilenguaje no es distinto de un lenguaje “apropiado”: ambos son sistemas generadores de realidad. Pero, debido al carácter especial de la realidad de la segunda vida —su condición de alternativa, ante la presión constante de la rea-

lidad que está “allí” (que es una realidad subjetiva, pero que, sin embargo, siempre está pronta a reafirmarse como norma)— la fuerza generadora de realidad del antilenguaje, y especialmente su poder para crear y mantener una jerarquía social, se ven fuertemente realzados.

En este punto, debemos citar con cierta extensión un pasaje críticamente importante de *The social construction of reality* de Berger y Luckmann (1966, 172-3):

El vehículo más importante para el mantenimiento de la realidad es la conversación. La vida cotidiana de un individuo puede considerarse en términos del funcionamiento de un aparato de conversación que incesantemente mantiene, modifica y reconstruye su realidad subjetiva. Desde luego, la conversación significa sobre todo que la gente se habla entre sí, lo cual no niega la rica aura de comunicación no verbal que rodea al habla; no obstante, el habla mantiene una posición privilegiada en el aparato de conversación total, a pesar de lo cual es importante subrayar que la mayor parte del mantenimiento de la realidad en la conversación es implícita y no explícita. La mayoría de las conversaciones no define con tantas palabras la naturaleza del mundo; antes bien, tienen lugar contra el trasfondo de un mundo que silenciosamente se da por sentado. Así, un intercambio como: “bueno, es hora de que me vaya a la estación”, y “muy bien, querido, que tengas un buen día en la oficina”, implica todo un mundo *en el que* esas proposiciones tengan sentido. En virtud de tal implicación, dicho intercambio confirma la realidad subjetiva de ese mundo.

Cuando se entiende lo anterior, se aprecia fácilmente que la mayor parte de la conversación cotidiana, si no es que toda ella, mantiene la realidad subjetiva. Ciertamente, su voluminosidad se logra mediante la acumulación y la consistencia de la conversación fortuita, conversación que puede *permitir ser* fortuita precisamente porque se refiere a la rutina de un mundo que se da por sentado. La pérdida de contingencia representa una ruptura en las rutinas y, cuando menos potencialmente, una amenaza para la realidad que se da por sentada; de ese modo, puede imaginarse el efecto sobre la contingencia de un intercambio como el siguiente: “bueno, es hora de que me vaya a la estación”, “muy bien, querido, no olvides llevar tu pistola contigo”.

Al tiempo que el aparato de conversación mantiene la realidad incesantemente, también la modifica. Se quitan y se agregan palabras, debilitando algunos sectores de lo que todavía se da por sentado y reforzando otros; así, la realidad subjetiva de algo de lo que nunca se habla llega a ser vacilante: una cosa es participar en un acto sexual embarazoso, otra muy distinta es hablar de él previa o posteriormente. Por el contrario, la conversación dibuja firmes contornos en palabras captadas previamente de manera fugaz y confusa. Podemos tener dudas acerca de nuestra religión: esas dudas se hacen reales de manera enteramente distinta al discutirlos; entonces uno “se habla a sí mismo en” ellas: son objetivadas como realidad en nuestra propia conciencia. De una manera general, el aparato de conversación mantiene la

realidad "hablando" diversos elementos de experiencia y asignándoles un lugar definido en el mundo real.

Esa potencia generadora de realidad de la conversación ya queda dada en el hecho de la objetivación lingüística. Ya hemos visto cómo el lenguaje objetivó al mundo, transformando el *panta rhei* de la experiencia en un orden coherente. En el establecimiento de ese orden, el lenguaje realiza un mundo, en el doble sentido de aprenderlo y de producirlo. La conversación es la materialización de esa eficacia realizadora del lenguaje en la situación cara a cara de la existencia individual; en ésta las objetivaciones del lenguaje devienen objetos de la conciencia individual. Así, el hecho fundamental del mantenimiento de la realidad es el empleo continuo del mismo lenguaje para objetivar la experiencia biográfica que se despliega. En el sentido más amplio, todos los que emplean ese mismo lenguaje son otredades conservadoras de la realidad. El significado de lo cual se puede diferenciar aún más en términos de lo que se quiere decir con "lenguaje común": desde el lenguaje idiosincrásico de grupo de los grupos primarios, pasando por los dialectos regionales o de clase, hasta la comunidad nacional que se define a sí misma en términos del lenguaje.

La realidad subjetiva de un individuo es creada y mantenida mediante la interacción con los demás, que son "otredades significativas" precisamente porque llenan esa función; y, críticamente, esa interacción es verbal, adopta forma de conversación. En general, la conversación no es didáctica: los "demás" no son maestros, no "conocen" conscientemente la realidad que están ayudando a formar. Según el término de Berger y Luckmann, la conversación es fortuita; Berger y Luckmann no plantean la pregunta de cómo debe ser el lenguaje para que la conversación fortuita tenga ese poder mágico, no se interesan por la naturaleza del sistema lingüístico; sin embargo, para los lingüistas ese es un problema fundamental y, desde la perspectiva de una semiótica general, se puede decir que para los lingüistas, ese es el problema fundamental: ¿cómo podemos interpretar el sistema lingüístico a modo de explicar los poderes mágicos de la conversación?

Consideremos el antilenguaje a esa luz. Como lo señalan Berger y Luckmann, la realidad subjetiva se puede transformar:

Estar en sociedad significa ya un proceso incesante de modificación de la realidad subjetiva; entonces, hablar de transformación implica un planteamiento sobre distintos grados de modificación. Nos concentraremos aquí en un caso extremo, en el que hay una transformación casi total, esto es, en el que el individuo "conmuta mundos". . . . Típicamente, la transformación se capta subjetivamente como total. Desde luego, es una captación un tanto errónea. Como la realidad subjetiva nunca está totalmente socializada, no puede transformarse totalmente mediante procesos sociales; cuando menos, el individuo transformado poseerá el mismo cuerpo y vivirá en el

mismo universo físico. Sin embargo, hay transformaciones que parecen totales si se les compara con modificaciones menores; a esas transformaciones las llamaremos alternaciones.

La alternación exige procesos de resocialización (176).

El antilenguaje es el vehículo de esa resocialización. Crea una realidad alternativa: no es un proceso de construcción sino de reconstrucción. La condición para el éxito de la reconstrucción es, según palabras de Berger y Luckmann, "la disponibilidad de una estructura de plausibilidad efectiva, es decir, de una base social que sirva de 'laboratorio' de transformación. Esa estructura de plausibilidad se comunicaría al individuo por medio de otredades significativas, con las que él debe establecer una identificación fuertemente afectiva" (177).

En otras palabras, los procesos de resocialización presentan al lenguaje tipos especiales de exigencias. En particular, dichos procesos deben capacitar al individuo para "establecer una identificación fuertemente afectiva" con otredades significativas. Es posible que en ese contexto la conversación dependa en grado considerable de las significaciones interpersonales, especialmente cuando, como en el caso de la segunda vida, la piedra angular de la nueva realidad es una nueva estructura social, aunque, de la misma manera, sea posible que los elementos interpersonales en el intercambio de significados estén sumamente ritualizados.

Pero, una de las características de un antilenguaje radica en que no sólo es un lenguaje ordinario que, para algunos individuos, suele ser un lenguaje de resocialización. Sus condiciones de uso son distintas de los tipos de alternación considerados por Berger y Luckmann, como las formas de conversión religiosa. En casos así, un individuo adopta lo que para otros es *la* realidad; para él, ello implica una transformación, aunque la realidad en sí no pertenezca inherentemente a ese orden. Es la realidad ordinaria, cotidiana, no caracterizada *de alguien*, y su lenguaje es la "lengua materna" *de alguien*, pero un antilenguaje no es la "lengua materna" de nadie; sólo existe en el contexto de resocialización y la realidad que crea es de forma inherente una realidad alternativa, una realidad que precisamente está construida para funcionar en alternación. Es el lenguaje de una antisociedad.

Desde luego, la división entre ambos no es rígida. La primitiva comunidad cristiana era una antisociedad y su lenguaje, en ese sentido, era un antilenguaje, pero, a pesar de todo, hay diferencias significativas; la alternación no implica en sí ninguna clase de antilenguaje: sólo la conmutación de uno a otro lenguaje. (Podría decirse que, desde la perspectiva del individuo, el segundo de ellos funciona en realidad como un antilenguaje. Así, por ejemplo, en la reconstrucción de una



identidad por parte de Agnes, tal y como la describe Garfinkel [1967] en su famoso relato del caso, el lenguaje de la femineidad o, mejor dicho, de la condición de hembra era para ella un antilenguaje puesto que era necesario reconstruir lo que en el contexto constituía una contradicción, pero un lenguaje es una construcción social; Agnes no creó, y no podía crear por sí misma, un sistema lingüístico que le sirviera de medio para la reconstrucción. A decir verdad, hacerlo habría saboteado todo el esfuerzo, puesto que su éxito dependía de que la nueva identidad apareciera y fuese aceptada, como si hubiera estado allí desde un principio.) El antilenguaje surge cuando la realidad alternativa es una *contra*-realidad, constituida *en oposición a* alguna norma establecida.

De ese modo, lo significativo no es la *distancia* entre las 2 realidades, sino la *tensión* entre ellas. La distancia no necesita ser muy grande; en realidad, una de ellas es variante metafórica de la otra (como el grypserka es claramente una variante del polaco y no un idioma enteramente ajeno); más aún, a diferencia de lo que sucede en una transformación del tipo de una conversión religiosa, el individuo en realidad puede conmutar en uno y otro sentido entre la sociedad y la antisociedad, con diversos grados de posición intermedia: en ese sentido, la subcultura delictiva exterior a la prisión es intermedia entre la segunda vida y la sociedad establecida.

De manera semejante, Mallik identifica 3 grupos distintos de personas que utilizan el lenguaje del hampa de Bengala: delincuentes, casi-delincuentes y estudiantes; y señala diferencias importantes entre ellos, tanto en contenido como en expresión: "en tanto que los delincuentes hablan con una entonación peculiar, los estudiantes u otros grupos cultos hablan normalmente" (1972, 26). Entre un lenguaje y un antilenguaje hay continuidad, lo mismo que la hay entre la sociedad y la antisociedad; pero también hay tensión entre ellos, lo que refleja el hecho de que son variantes de una misma y única semiótica fundamental: pueden expresar distintas estructuras sociales, pero son parte integrante del mismo sistema social.

Un antilenguaje es el medio de realización de una realidad subjetiva: no sólo la expresa, sino que la crea y la mantiene activamente. A ese respecto, no es sino un lenguaje más, pero la realidad es una *contra*-realidad, lo cual tiene ciertas implicaciones especiales. Implica el resalto de la estructura y de la jerarquía sociales; implica cierta preocupación por la definición y la defensa de la identidad mediante el funcionamiento ritual de la jerarquía social; implica una concepción especial de la información y del conocimiento. (Ahí es donde entra en juego el secreto: el lenguaje es secreto porque la realidad es secreta. Una vez más, existe una contraparte en el comportamiento verbal del

individuo, en las técnicas de la regulación de la información practicadas por individuos que tienen algo que ocultar, algo que no quieren que se divulgue; véase el estudio de Goffman [1963] sobre el estigma); e implica que los significados sociales sean considerados como oposiciones: los valores se definirán por lo que *no* son, como el tiempo y el espacio en el mundo del espejo (en que se vive hacia atrás y en que las cosas se alejan cuanto más se avanza hacia ellas).

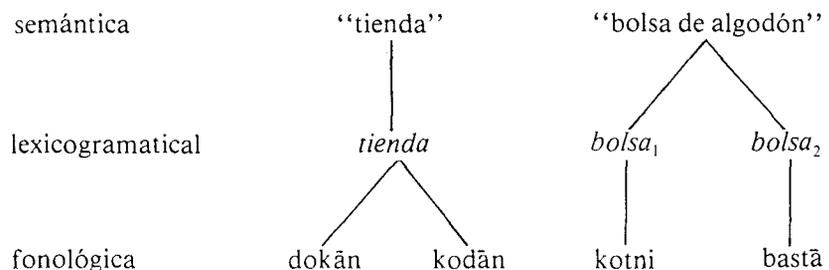
Permítaseme enumerar aquí algunas de las características del lenguaje del hampa de Calcuta descrito por Mallik. Mallik asegura que "es un idioma en todo y por todo, aunque hasta cierto punto mezclado y artificial" (73); es "primordialmente un bengalí, en que pueden discernirse infiltraciones de hindi" (62). Mallik considera que el lenguaje posee una fonología y una morfología propias, que deben y pueden describirse en sus propios términos, pero éstas también pueden interpretarse en términos de variación dentro del bengalí, por lo que Mallik vincula las formas del bajo mundo al bengalí estándar siempre que le es posible.

En fonología, Mallik distingue unos 30 procesos distintos: por ejemplo la metátesis (v. gr. *koḍān* "tienda", a partir de *doḱān*; *karḱā* "sirviente", a partir de *cākar*), la formación invertida (v. gr. *khum* "boca", a partir de *mukh*), el cambio consonántico (v. gr. *koṅā* "oro", a partir de *soṅā*); la inserción silábica (v. gr. *biḱuri* "anciana", a partir de *buri*); y la variación que involucra rasgos únicos, como la nasalidad, la articulación cerebral o la aspiración. Naturalmente, muchas palabras sufren más de uno de esos procesos en su derivación (v. gr. *chappi* "trasero", a partir de *pach*; *aske* "ojos", a partir de *aksi*; *makra* "broma", a partir de *maskara*).

Igualmente, en morfología, Mallik identifica algunos procesos de derivación: por ejemplo, el empleo de sufijos (v. gr. *koṅni* "bolsa de algodón", a partir del inglés *cotton*; *dharān* "secuestrador", a partir de *dharā* "asimiento"); la composición (v. gr. *bilākhānā* "burdel", a partir de *bilā*, término derogatorio general, + *khānā* "-orium, lugar para"); la simplificación, el desplazamiento de clase de palabras, la adopción lexicológica (v. gr. *khālās* "asesinato", del árabe *xalās* "fin", sustituyendo a *khun*). Una vez más, encontramos diversas combinaciones de esos procesos y muchísimos casos en que cabe más de una explicación.

Todos los ejemplos anteriores son variantes, en el sentido en que el término se utiliza en la teoría de la variación (Cedergren y D. Sankoff, 1974; G. Sankoff, 1974). Labov (1969) define una serie de variantes como "maneras alternativas de 'decir lo mismo' (entrecorillado suyo); y, si bien, el principio que hay tras la variación es mucho más complejo de lo que implica esa definición aparentemente cándida, es

cierto que, en los términos más generales, podemos considerar una variante como realización alternativa de algún elemento en el estrato superior siguiente o en algún estrato superior; así por ejemplo, *kodān* y *dokān* son variantes (realizaciones fonológicas alternativas) de la misma *palabra* "tienda". Similarmente, *koṭni* y su equivalente bengalí estándar son variantes (realizaciones lexicogramaticales alternativas) del mismo *significado* "bolsa de algodón". Suponiendo que el estrato semántico sea el más alto en el sistema lingüístico, *todas* las series de variantes tienen la propiedad de ser idénticas semánticamente; *algunas* también tienen la propiedad de ser idénticas lexicogramaticalmente:



Ahora bien, lo significativo respecto de las palabras que fonológica o morfológicamente son distintas en el lenguaje del hampa es que muchas de ellas, en realidad, no son variantes en absoluto, no poseen equivalente semántico en el bengalí estándar; lo cual no significa que no puedan *traducirse* al bengalí estándar (o al inglés estándar o a cualquier otro idioma estándar): sí pueden. Pero no funcionan como elementos *codificados* en el sistema semántico del lenguaje cotidiano. A continuación, algunos ejemplos de Mallik:

Palabra	Definición	Origen
ghōṭ	"tragar algo robado para evitar que sea encontrado"	ḍhōk "tragar"
logām	"robo en un tren de abastos en movimiento"	māl gāṛī "tren de abastos"
okhrān	"alguien que ayuda al jefe de operadores a robar en un tren de abastos"	oprāno "desarraigar"

bhappar	"perturbación exterior en el momento de un robo"	bhīr bhappar "multitud"
ulti	"lenguaje del hampa"	ulaṭ "poner hacia abajo"
cukru	"secuestrador de un niño dormido"	curi "robo"
bilāhalat	"grave estado de una víctima en un asalto"	bilā "extraño", halat "condición" (hindi)
bidhobā	"muchacho sin novia"	bidhobā "viuda"
rutihā	"compartir el pan secretamente con un convicto detenido en una prisión"	ruṭi "pan"
bastā	"persona a la que se promete empleo pero a la que se engaña"	bastā "talega"
pancabāj	"el que deja a la víctima en una encrucijada después de un rapto"	panca "cinco", bāj "experto"
paune-āṭṭā	"muchacho prostituido"	paune-āṭṭā "siete y tres cuartos"
khām	"muslo de una muchacha"	thām "pilar"
guanā	"cavidad oculta en la garganta para esconder cosas robadas"	gahan "secreto"
nicu-cākkā	"carteristas cerca en el estribo del tren o del autobús"	nicu "bajo", cākā "rueda"

Entre las anteriores y las variantes directas existen numerosas expresiones metafóricas del tipo que de modo más inmediato podría considerarse típico del habla de las pandillas del interior de la ciudad, como:

Palabra	Definición	Origen
sāmbord-olā	“mujer casada”	(alusión al rojo con que se marca la frente de una mujer casada; olā “propietario”)
kācā-kalā	“muchacha”	“verde, plátano”
sardi-khāsi	“Billetes y monedas”	“frío, tos” (alusión a ruidos que se hacen)
cok-khāl	“anteojos”	“ojo, bolsillo”
ātap	“viuda”	“secado al sol” (de ātap cāl “arroz secado al sol”, comido por viudas)
ṭhunkā	“de paso (cliente de prostituta)”	maleta ligera, de ṭhunko “frágil”, thāuko “en pequeño, menudeo”
ḡabal-dekār	“mujer regordeta”	Del inglés <i>double decker</i>
chāmiā	“muchacha”	māch “pescado” (invertido a chām; + sufijo -i + sufijo -ā)
sutā	“cigarrillo”	sukh “felicidad”, ṭān “resoplido”
aeṛi-mārā	“impotente”	āṛā “testículos”, mārā “huelga; muerto”
obhisār-āenā	“ojos seductores”	abhisār “cita”, āynā “espejo”

y así sucesivamente. La descripción de Thomas Harman del habla vil isabelina contiene muchos ejemplos similares: *crashing-cheats* “dientes” (*cheat* = elemento general para “cosa que. . .”); *smelling-cheat* “nariz”, también “jardín, huerto”; *belly-cheat* “delantal”; *Rome-booze* “vino”; *stalling-ken* “casa que recibirá mercancías robadas” (*stall* “hacer o mandar”, esto es, “ordenar”, *ken* “casa”); *queer-ken* “casa de reclusión” (*queer* “nada”, esto es, elemento derogatorio general, véase en bengalí, *bilā*); *darkmans* “noche”; *queer cuffin* “juez de paz”.

No hay manera de decidir si esas representaciones metafóricas “tienen el mismo significado” o no que las formas cotidianas, esto es, si son o no variantes según la definición de Labov. (Decir “igual denotación, distinta connotación” es simplemente evitar decidir; significa “tanto si como no”); tampoco hay necesidad alguna de decidir. A todas ellas podemos llamarlas “variantes metafóricas”, puesto que es útil vincularlas a la teoría de la variación; lo más importante es el hecho de que sean metafóricas: ese carácter metafórico es el que define el antilenguaje. Un antilenguaje es una metáfora para un lenguaje cotidiano, y esa calidad metafórica aparece por todas partes en el sistema: hay metáforas fonológicas, gramaticales —morfológicas, lexicológicas y quizás sintácticas— lo mismo que metáforas semánticas; algunas de ellas se muestran en el cuadro 4 (pero nótese que *no* es una lista completa de los tipos que pueden encontrarse).

Como ya hemos señalado, muchos ejemplos pueden interpretarse de uno u otro modo, y muchos constituyen metáforas complejas, con variación en más de un nivel.

Al interpretar todo el fenómeno en términos de metáfora, no es posible vincular las variantes semánticas al resto del sistema. La noción de una variante semántica parece contradictoria: ¿cómo pueden 2 cosas ser variantes (“tener el mismo significado”) si sus significados son distintos?, pero ese es un modo erróneo de considerarlas. En términos de la distinción de Lévi-Strauss entre metáfora y metonimia, la antisociedad es metonímica para la sociedad: es una extensión de ella, dentro del sistema social, en tanto que sus realizaciones son (predicablemente) metafóricas, lo cual es válido tanto para su realización en la estructura social como para su realización en el lenguaje (Lévi Strauss, 1966, capítulo 7). En su estructura, la antisociedad es una metáfora de la sociedad: una y otra van juntas en el nivel del sistema social; del mismo modo, el antilenguaje es una metáfora del lenguaje y uno y otro van juntos en el nivel de la semiótica social. Por ese motivo no es muy difícil asimilar la jerarquía social de la segunda vida a las expresiones interiorizadas existentes de la estructura social, ni tampoco asimilar conceptos como “cavidad oculta en la garganta para es-

conder cosas robadas" o "compartir el pan secretamente con un convicto" con la semiótica existente que se realiza mediante el lenguaje. Las variantes semánticas "van juntas" (esto es, son interpretables) en el nivel superior, el de la cultura como sistema de información.

Desde luego, el fenómeno de la metáfora en sí no es un fenómeno "antilingüístico"; la metáfora es una característica de las *lenguas*, no de los antilenguajes (aunque podríamos expresar lo mismo de otra manera diciendo que una metáfora constituye el elemento de antilenguaje que está presente en todas las lenguas). La mayor parte del lenguaje cotidiano es de origen metafórico, aunque sus orígenes con frecuencia se hayan olvidando o sean desconocidos. Lo que distingue a un antilenguaje es que, en sí él mismo es una entidad metafórica y que, por tanto, los modos de expresión metafóricos son la norma, deberíamos *esperar* que entre sus patrones regulares de realización se encontraran la composición, las metátesis, las alternaciones consonantes y cosas por el estilo.

Mucho menos es lo que conocemos acerca de sus modos de significación, de sus estilos semánticos. Harman presenta un diálogo en antilenguaje isabelino, pero es casi seguro que sea uno hecho por él mismo para ejemplificar el uso de las palabras de su glosario (1567, 148-50). Mallik no incluye diálogo alguno, aunque sí cita algunas oraciones completas que resultan sumamente útiles (1972, 83-4, 109-10). No es muy fácil registrar una conversación espontánea (sobre todo en un antilenguaje). Pero, como señalan atinadamente Berger y Luckmann, el poder generador de realidad del lenguaje radica en la conversación; más aún, ese poder es acumulativo y, para su efectividad, depende del fortalecimiento continuo mediante la interacción. Para ser capaces de interpretar el verdadero significado del antilenguaje, necesitamos tener acceso a sus patrones de conversación: deben reunirse y publicarse textos, para ser sujetos a una exégesis que los vincule al sistema semántico y al contexto social. Sólo de esa manera podemos adentrarnos en la caracterología de un antilenguaje (para usar un término de la Escuela de Praga): en los estilos de significación y en las orientaciones codificadoras que encierra su versión contracultural característica del sistema social.

Entretanto, la manera más fácil de penetrar en un antilenguaje probablemente sea mediante otra clase de lenguajes que podríamos llamar "lenguajes de comedia musical" (o, en inglés norteamericano, "lenguajes de vodevil"). Vale la pena especular (aunque especular no sea un sustituto de descubrir) si el *gobbledygook* —en su sentido original de "lenguaje secreto" del humorismo de la clase trabajadora victoriana, no en su sentido metafórico de lenguaje de burócratas— es, por su origen, descendiente del antilenguaje isabelino, suavizado, una vez

CUADRO 4. Tipos de metáforas

fonológicas:		alternación metátesis	sonā ≡ konā "oro" khum ≡ mukh "boca"
gramaticales:	morfológicas:	sufijación composición	koṭni (koṭan "algodón" + i) ≡ "bolsa" bilākḥānā ("extraña" + "casa") ≡ "burdel"
	lexicológicas:	alternación	billi ("gato") ≡ "prostituta"
	sintácticas:	expansión	chappār khāoṅ ≡ lukāno "esconder" (cf. inglés <i>bing a waste</i> ≡ "partir")
semánticas:			ghoṭ ("tragar objeto robado") ≡ nicu-cākkā ("carteristas del estribo del tranvía") ≡ ?

que las condiciones sociales en que surgió y floreció el antilenguaje habían dejado de existir. El *gobbledygook* posee claramente algunos rasgos de antilenguaje: un breve ejemplo, *erectify a luxurimole flackoblots*, “erect a luxurious block of flats” [construir un lujoso conjunto de apartamentos], contiene metátesis, sufijación y composición con una morfología común, todo totalmente vacío, con el consiguiente efecto cómico. La bandera del *gobbledygook* fue enarbolada (y elevada a alturas semánticas) en Inglaterra en la década de los cincuenta por Spike Milligan, que creó un antilenguaje propio, una “especie de ‘pastelazo’ mental”, según palabras del príncipe de Gales, conocido como el *goonery*. A continuación presentamos un ejemplo de conversación (Milligan, 1973):

- Quartermess:* Listen, someone’s screaming in agony —fortunately I speak it fluently.
- William:* Oh sir. Ohh me krills are plurned.
- Quartermess:* Sergeant Fertangg, what’s up? Your boots have gone grey with worry.
- William:* I was inside the thing, pickin’ up prehistoric fag-ends, when I spots a creature crawling up the wall. It was a weasel, suddenly it went. . .
- (*sound effects*) POP
- Quartermess:* What a strange and horrible death.
- William:* Then I hears a ’issing sound and a voice say. . . ‘minardor’
- Quartermess:* Minardor? We must keep our ears, nose and throat open for anything that goes Minardor.
- Henry:* Be forewarned Sir, the Minardor is an ancient word, that can be read in the West of Ministers Library.
- Quartermess:* It so happens I have Westminster Library on me and, Gad, look there I am inside examining an occult dictionary.
- (*sound effects*) THUMBING PAGES
- [*Quartermess:* Escucha, alguien grita de agonía: afortunadamente lo hablo con fluidez.
- William:* Oh señor. Ohh me están. . .
- Quartermess:* Sargento Fertangg, ¿las botas se le están poniendo grises de tristeza?
- William:* Yo estaba dentro de la cosa, recogiendo restos prehistóricos, cuando yo distingue una criatu-

ra trepando por la pared. Era una comadreja, de pronto se fue. . .

(*efectos de sonido*)

POP

Quartermess:

Qué muerte tan extraña y horrible.

William:

Luego yo oye un siseo y una voz digo. . . “minardor”

Quartermess:

¿Minardor? Debemos mantener los oídos, la nariz y la garganta abiertos para todo lo que sea Minardor.

Henry:

Esté prevenido, señor, el Minardor es una palabra antigua que puede leerse en la Biblioteca del Oeste de los Ministros.

Quartermess:

Por casualidad llevo conmigo la Biblioteca Westminster y, Dios, mira allí estoy dentro examinando un diccionario oculto.

(*efectos de sonido*)

PÁGINAS HOJEADAS CON EL PULGAR

Pero, cuando se llega a ese extremo, es el momento de preguntar: ¿por qué el interés en los antilenguajes? Son entretenidos; pero, ¿tienen alguna importancia o son simplemente cosas raras? Creo que si los consideramos en serio — ¡aunque no solemnemente! — hay dos modos en que los antilenguajes son importantes para la comprensión de la semiótica social.

1. En primer lugar, el fenómeno del antilenguaje arroja luz sobre el difícil concepto del dialecto social, proporcionando un polo opuesto, el segundo de dos extremos idealizados al que podemos vincular los hechos tal y como los encontramos en realidad.

Postulemos una sociedad homogéneamente ideal, sin división del trabajo o, al menos, sin forma alguna de jerarquía social, cuyos miembros (por consiguiente) hablen un lenguaje idealmente homogéneo, sin variación dialectal; es probable que nunca haya existido un grupo humano semejante, pero no importa: se trata de una construcción ideal que sirve de tesis para un argumento deductivo. En el otro extremo de la escala, postulamos una sociedad dicotomizada idealmente, consistente en dos grupos clara y mutuamente hostiles, la sociedad y la antisociedad: sus miembros hablan dos idiomas totalmente distintos, un lenguaje y un antilenguaje. Una vez más, es probable que jamás haya existido cosa igual, lo que nos recuerda a Eloi y a los Morlocks imaginados por H. G. Wells en *La máquina del tiempo*; pero eso nos sirve de antítesis, de polo opuesto idealizado.

Lo que sí encontramos en la vida real son tipos de orden sociolingüístico, cuya existencia podemos considerar que se sitúa en algún

punto entre esos extremos. La distinción entre dialectos estándar y no estándar es una distinción entre lenguaje y antilenguaje, aunque adopte una forma relativamente benigna y moderada. El uso popular opone el *dialecto*, como "anti", al *lenguaje (estándar)*, como norma establecida. Un dialecto no estándar que se utiliza conscientemente con propósitos estratégicos, defensivamente para mantener una realidad social particular u ofensivamente para la resistencia y la protesta, está más allá, en la dirección de un antilenguaje; eso es lo que conocemos como un "lenguaje de ghetto" (véase la relación de Kochman [1972] sobre el inglés negro en Estados Unidos).

Los dialectos sociales no están asociados necesariamente a las castas o a las clases: pueden ser religiosos, de generaciones, sexuales, económicos (urbano/rural) y quizás también de otras cosas; lo que los distingue es su carácter jerárquico. La función social de la variación de dialectos es expresar, simbolizar y mantener el orden social, y el orden social es un orden esencialmente jerárquico. Un antilenguaje es, al mismo tiempo, *tanto* el caso límite de un dialecto cosical (y por consiguiente la realización de un componente en la jerarquía de un orden social más general que incluye a la sociedad y a la antisociedad), *como* un lenguaje (y por consiguiente la realización de un orden social que está constituido por la propia antisociedad); en este último papel incluye a su propia jerarquía, mostrando así una variación interna de tipo sistemático; por ejemplo: Mallik se refiere a los diferentes grupos que existen dentro de la antisociedad, cada cual con su propia posición social y con sus propias formas de habla distintivas (29-9).

La del antilenguaje es una perspectiva desde la que podemos ver claramente el significado de la variabilidad en el lenguaje: en pocas palabras, la función de un lenguaje alternativo es crear una realidad alternativa. Un dialecto social es la materialización de una visión del mundo ligera pero claramente distinta; una visión que, por consiguiente, resulta potencialmente amenazadora, si no coincide con la propia. Sin duda, esa es la explicación de las actitudes violentas hacia el habla no estándar que por lo general adoptan los hablantes de un dialecto estándar: el motivo consciente de "no me gusta como pronuncia las vocales" simboliza el motivo subyacente de "no me gustan sus valores". La importancia que para la semiótica social tiene el tipo de variación que llamamos dialecto social *en el sistema lingüístico* se hace mucho más evidente cuando tomamos en consideración la naturaleza y las funciones de los antilenguajes.

2. En segundo lugar, hay antilenguaje como *texto*. Un problema esencial en lingüística consiste en vincular el texto al sistema y en vincular a una teoría del sistema lingüístico los modos de descripción del texto que sean aplicables a la conversación (Mitchell, 1957; Sacks *et*

al., 1974). He venido sugiriendo, por ejemplo en el capítulo VII, que dicho problema puede abordarse positivamente mediante una interpretación funcional del sistema semántico, una interpretación en términos de sus principales componentes semánticos que puedan vincularse (i) al texto, como proceso continuo de selección de significado; (ii) al sistema lingüístico, y (iii) a la situación, como construcción semiótica derivable de la "semiótica social" (la cultura considerada como un sistema de información). Cae fuera del campo de este estudio extendernos más a ese respecto, pero puede señalarse algo que surge específicamente en cuanto a la descripción de antilenguajes.

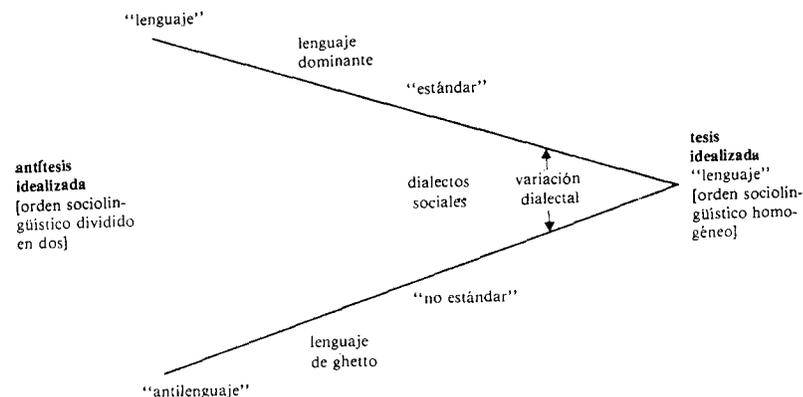


FIGURA 10. Tipos de orden sociolingüístico

Como señalar Berger y Luckmann, el poder generador de realidad de la conversación depende de que ésta sea fortuita; es decir, que *típicamente* hace uso de áreas del *sistema sumamente codificadas* para producir *texto* que sea *congruente*, aunque una vez que la codificación y la congruencia se han establecido como norma, la conversación puede tolerar y a decir verdad propicia una cantidad considerable de contenido que resulta incongruente y no está codificado.

"No codificado" significa "no incorporado enteramente (aún) al sistema"; "incongruente" significa "no expresado mediante la forma de representación más típica (y sumamente codificada)"; y ambos conceptos son de tipo "aproximativo" y no de tipo "absoluto". Ahora bien, algunas clases de contexto social producen típicamente texto en que el proceso de codificación y la relación de congruencia suelen ser resaltados y expuestos a nuestra atención; un ejemplo es el lenguaje de los niños pequeños (y de otras personas con las que establecen interac-

ción), puesto que los niños interactúan y simultáneamente construyen el sistema que está detrás del texto.

La competencia y el alarde verbales proporcionan otros ejemplos. Allí, el resalto no es un signo del sistema que surge a la existencia, sino un efecto de la orientación funcional particular dentro del sistema y de los rasgos especiales que surgen en un contexto en que el hablante utiliza el lenguaje sólo con el fin de asegurar para sí las satisfacciones que se elevan a proeza en el uso del lenguaje.

Un antilenguaje lleva en sí algo de ambos elementos. Los antilenguajes se utilizan típicamente para la competencia y el alarde, con el consiguiente resalto de elementos interpersonales de todo tipo. Al mismo tiempo, los hablantes de un antilenguaje tratan constantemente de mantener una contrarrealidad sometida a la presión del mundo establecido. Es la razón por la cual el lenguaje se renueva constantemente: para mantener la vitalidad que necesita para no dejar de funcionar totalmente. Esa es la explicación más plausible del rápido cambio de palabras y de modos de expresión que siempre señalan los que comentan el lenguaje del bajo mundo; pero hay más que eso: dentro del modo experiencial de significación, un antilenguaje puede adoptar dentro de sí —puede codificar en el nivel semántico— estructuras y colocaciones que se oponen conscientemente a las normas del lenguaje establecido. Esto puede apreciarse en textos en los antilenguajes más intelectuales, como los del misticismo (y en algunos artificios semánticos del *goonery*, e. g.: *I have Westminster Library on me and, Gad, look there I am inside*), pero también está presente casi con seguridad en la conversación típica del bajo mundo y de la “segunda vida”.

El resultado es que la conversación en un antilenguaje despliega de manera más marcada las relaciones sistemáticas entre el texto y el sistema lingüístico. Cuando se consideran desde el punto de vista del lenguaje establecido, los modos de expresión de un antilenguaje parecen deformados, difusos, metafóricos; y lo están, *desde ese ángulo*. Pero, considerados en sus propios términos, parecen directos, como fuertes manifestaciones del sistema lingüístico al servicio de la construcción de la realidad. La que está deformada es la realidad, puesto que la vemos como una transformación metafórica de la realidad “verdadera”; mas la función del texto con respecto a esa realidad es de refuerzo, tanto más directa cuanto que se trata de una realidad que necesita mayor refuerzo.

Un antilenguaje no es algo que podamos reconocer siempre mediante el estudio de un texto; es posible que esté caracterizado por algunos de los diversos rasgos mencionados o por todos ellos, y que consecuentemente sea reconocible por su forma fonológica o lexicogramatical como una alternativa metafórica ante el lenguaje cotidiano; pero en

última instancia, dichos rasgos no son necesarios para un antilenguaje. Hemos interpretado el antilenguaje como caso límite de un dialecto social y ello constituye un punto de vista válido, pero se trata de un caso extremo y no de un caso típico, porque no está definido primordialmente por la variación o, mejor dicho, la variación por la que podría definirse sería una variación en un sentido especial. Un dialecto social es un conglomerado de variantes asociadas, un patrón semántico de tendencias en la selección de valores de variables fonológicas y lexicogramaticales en condiciones específicas. La atención recae en la variación más que en los significados que se intercambian; si bien puede mostrar dicha variación, un antilenguaje, por otra parte, debe definirse en términos de un patrón sistemático de tendencias en la selección de los significados que han de intercambiarse. (Queda a discusión el problema de que eso pueda o no considerarse bajo el rubro de variación). Por consiguiente, a ese respecto, se parece más al concepto de Bernstein (1974) sobre un código o sobre una orientación codificada. Un código puede definirse simplemente del modo siguiente: como un patrón sistemático de tendencias en la selección de significados que han de intercambiarse en condiciones específicas. (Nótese que las “condiciones específicas” se encuentran en el medio sociolingüístico; pueden ser sociales o lingüísticas, siendo la tendencia, naturalmente, la de que cuanto mayor sea el grado de variación, mayores posibilidades existirán de que el contexto pertinente sea social y no lingüístico. Por consiguiente, en la definición de código podríamos decir: “en contextos sociales específicos”.) Por eso, ahora podemos interpretar a un antilenguaje como el caso límite de un código. Una vez más, se trata de un caso extremo y no de un caso típico, aunque en esta ocasión por una razón distinta: porque la realidad subjetiva que él realiza es una contrarrealidad consciente, no sólo una variante subcultural ni un ángulo de una realidad aceptada por todos; lo cual todavía es una cuestión relativa: un antilenguaje no es una categoría claramente distinta, es una categoría a la que más o menos se aproxima cualquier caso determinado.

Un antilenguaje como el que se ha presentado al principio pone en evidente relieve el papel del lenguaje como realización de la estructura de poder de la sociedad. Los antilenguajes de prisión y las contraculturas delictivas son aquellas que se definen con mayor claridad porque tienen una referencia específica a estructuras sociales alternativas, y los atributos adicionales de los lenguajes secretos y las jergas profesionales; por consiguiente, están plagados de señaldadores evidentes de su posición de antilenguajes. La oblicuidad de significado y de forma que los hace tan efectivos como portadores de una realidad alternativa también los hace inherentemente cómicos: con lo cual reflejan otro as-

pecto de la misma realidad, tal y como la ven sus hablantes. En cualquier caso no todos los antilenguajes son lenguajes de resistencia y protesta sociales.

Los "lenguajes arcanos" de hechicería y misticismo son del mismo orden (de ahí algunas de las dificultades de Castaneda [1971] para entender a Don Juan). Un antilenguaje puede ser tanto "alto" como "bajo" en el espectro diglósico. Los lenguajes literarios son antilenguajes en cierto sentido o, mejor dicho, la literatura es tanto lenguaje como antilenguaje a la vez. En su género poético es típico que se resalte tal o cual modo de significación; en ocasiones, el efecto se acerca al de un antilenguaje en el sentido social, por ejemplo, en los géneros competitivos como el soneto isabelino; otras veces, el modo genérico tiene poco o nada del antilenguaje respectivo, dejando al poeta individual en entera libertad de ofrecer su propia realidad subjetiva, si así lo desea, al crear un antilenguaje propio (y el oyente, o el lector, queda en libertad de *interpretar* el texto como un antilenguaje si él lo desea); a veces, el aspecto antilingüístico de la literatura ocupa el primer plano; en otras ocasiones y en otros lugares retrocede hacia la insignificancia. Una obra literaria es la contribución de su autor a la conversación generadora de realidad de la sociedad —independientemente de que ofrezca una realidad alternativa o que refuerce el modelo recibido— y su lenguaje refleja la posición que ella ocupa en el sistema sociosemántico. Pero ese es otro tema.